

# Ópera de barrio

**Texto y fotografías:** Shirley Camacho Mogollón<sup>1</sup>

**E**n casi todos los barrios populares de Cartagena el amanecer tiene un tinte de algarabía. Del otro lado de las murallas, los primeros rayos de sol se anuncian con una particularidad melodiosa, y no precisamente entonada por un gallo. Para quienes madrugan, quizá, estos cánticos los sorprenden durante el desayuno o empezando la jornada laboral.

—Platanito, sí hay platanito. Platanito, platanito —pregona uno de los tantos vendedores que recorren el barrio empujando su carreta.

Por el contrario, para aquellos que pueden dormir hasta un poco más tarde o aquellos que solo se levantan cuando el calor azota las sábanas y el abanico solo ventila aire caliente, estas resonantes melodías, casi tan pegajosas como un *jungle*, se van colando en el inconsciente del sueño hasta que se hacen tan verídicas como la alarma de un despertador.

—Casera, llegó ‘El Hueso’, y le trae el plátano, la yuca, el ñame, limones, ahuyama, naranja, tamarindo. ¡Caseraaa!, casera llegó ‘El Hueso’.

No falta, por supuesto, el que despotrica por tener que interrumpir su largo sueño por culpa de los anuncios cadenciosos de un vendedor. Pero a estas alturas, dichos pregones son ya un ritual de barrio.

—Llegó tu aguacate. Aguacate, limones, aguacate. Aguacate, aguacate.

Así anuncia ‘El Flaco’ su paso por la cuadra. Tanto él como el resto de comerciantes que transitan la zona han hecho propio y característico su tono y pregón para diferenciarse el uno del otro; así notifican a sus clientes de confianza, con una previa anticipación según el alcance de cada gallo, que ya llegó su vendedor al sector.

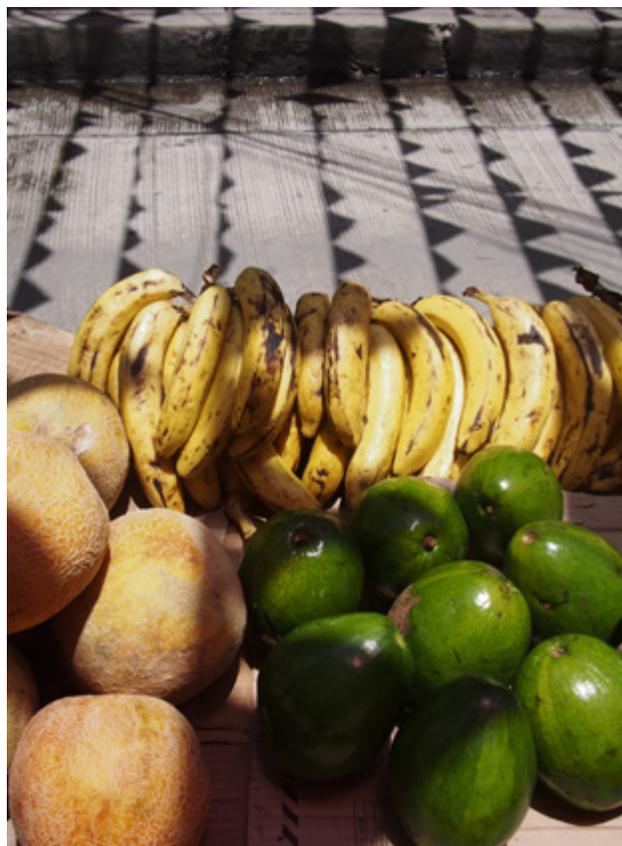
Al otro de la calle se escucha el eco de otro superviviente del rebusque que se aproxima:

—¡Casera, llevo aguacates y parecen patillas!

Quien escucha estos pregones durante el sueño, casi automáticamente al despertar piensa en si ya se tienen todos los ingredientes para el almuerzo o si toca estar pendiente a que pase algún vendedor. Eso sí, en el Caribe colombiano es casi sagrado acompañar el almuerzo con un platanito o unas rodajas de aguacate.

1. Comunicadora social, periodista y fotógrafa. E-mail: [shirco.es@gmail.com](mailto:shirco.es@gmail.com)







En muchos de los barrios de Cartagena la música y el baile son un asunto visceral. No es una cuestión solo de gozo sino de cultura popular y genética. Los niños juegan a “tirar pases” para sorprender o retarse mutuamente. La gente baila para sobrellevar las dificultades y baila para celebrar las alegrías. En las casas nunca reina el silencio porque siempre hay una grabadora o un picó encendido. Por eso, que un vendedor se anuncie con gritos melodiosos no es una novedad en esta región. La batuta en estos pregones siempre fue asunto de las palenqueras, esas mujeres que recorren los barrios vestidas con polleronas y chancletas, y a quienes años atrás se les reconocía la habilidad única de cargar un repertorio de dulces, entre otras cosas, en una

ponchera sostenida con malabares de equilibrio sobre sus cabezas.

El Campestre y Getsemaní fueron los dos barrios que me vieron crecer. Desde niña tuve la suerte de moverme entre el uno y el otro, cada uno ubicado a un extremo de la ciudad y cada cual con su ambiente auténtico de calle y de barrio. En Getsemaní, por ejemplo, hay tres vendedores que me hacían saltar de la cama a cualquier hora. La primera es la señora de los bollos de mazorca; el segundo, el señor del pescado; y el tercero, el amigo del tinto. Todos ya convencidos de mi fidelidad, llegaban directamente a la puerta de la casa ofreciendo el bollito fresco, el tinto o el pescado frito con yuca, que en muchas ocasiones hasta lo dejaban como un fiado. En el Campestre, por su parte, el vendedor de confianza es ‘El Hueso’, como se hace llamar este vendedor que carga casi medio Bazurto en su carretilla.

Así es el rebusque de muchos vendedores ambulantes que recorren los barrios de Cartagena. Caminar jornadas largas de sol a sol, anunciando, a modo de gritos melodiosos y chiflidos, los productos que disponen para vender, con la esperanza de regresar a sus casas con la carreta vacía o al menos con lo suficiente para el sustento del día a día y las fuerzas para retomar la jornada la mañana siguiente. Estas personas, casi ignoradas y poco reconocidas a pesar de su arduo trabajo, le facilitan la vida al resto de la población que vive lejos del mercado de Bazurto o que por problemas de tiempo o falta de ganas no acuden al mercado público de la ciudad; estas personas representan, sin lugar a dudas, un símbolo genuino de la cultura del Caribe colombiano, que en el gozo y bullicio de sus formas intenta ignorar la triste realidad de todos los días: pobreza y discriminación.

Este conjunto de cánticos, esta ópera de los barrios populares de mi ciudad, convierte las calles de Cartagena en un escenario único y melodioso que se extiende más allá de los muros; todas y cada una de esas voces y personalidades reafirman la vida, la resistencia y la identidad de todo un pueblo. ■■■

